

En torno a la Pedagogía terapéutica

ISABEL DIAZ ARNAL

Se oye hablar con mucha frecuencia de la Pedagogía Terapéutica y se trae y se lleva este concepto con tal insistencia que me parece muy oportuno tratar de ella, delimitar un poco su contenido y límites y desentrañar lo que bajo esa denominación se encierra, que muchas veces se tergiversa e ignora, cuando no se confunde.

Pedagogía Terapéutica significa lo mismo que Ortopedagogía o Pedagogía curativa; las tres expresiones responden a un mismo contenido, pues no son sino tres adjetivos similares referidos a un solo nombre; y no puede extrañarnos esta abundancia de vocablos para representar un mismo concepto, ya que se trata de una lengua tan rica como la nuestra.

Ahora bien, no debe confundirse la Ortopedagogía con la Ortodidáctica, aunque ambas palabras lleven el mismo prefijo, porque ambas hacen referencia a dos campos completamente distintos: el ortopedagogo o pedagogo terapeuta se desenvuelve y trabaja dentro del marco de la inadaptación, cualquiera que ésta sea; el ortodidacta desarrolla su labor en el terreno de la normalidad. Hay una diferencia esencial respecto del sujeto sobre las cuales operan. La ortodidáctica supone una acción correctiva dentro de la instrucción del niño o muchacho normales. La ortopedagogía se refiere de lleno a todos los que se hallan insertos en el área de la inadaptación, tengan o no que ver con el aspecto instructivo. No hay razón para involucrar ambas denominaciones, pues la diferencia está clara.

EL COMETIDO DE LA PEDAGOGÍA TERAPÉUTICA O CURATIVA

Una definición sencilla que exprese lo que esta ciencia significa se deriva de su propia etimología: la curación del niño inadaptado por medio de una educación apropiada.

Este es, y no otro, el cometido de la Pedagogía Terapéutica; la estimulación de la evolución personal del niño o muchacho que presenta una deficiencia o inadaptación física, psíquica o intelectual, con objeto de que salve las diferencias que le separan del normal, si ello es posible, o de acercarle lo más posible a él.

El que a esta Pedagogía se le llame curativa viene justificado por el hecho real de que la actividad y trabajo que desarrolla junto al inadaptado y a favor de él están marcados por una

finalidad de curación: tiende a aminorar la afección que le caracteriza a aquél, arrancándola de su persona, cuando es ligera, y reversible; cura la personalidad del muchacho, parcial o totalmente, según los casos, profundidad y clase de la inadaptación.

Por su cometido expreso sobre la personalidad de esta categoría de niños, es obvio decir que la Pedagogía Terapéutica está en estrecha relación con el quehacer médico, ya que, en muchas ocasiones, la tara o deficiencia tiene una concausa orgánica que puede ser aliviada o eliminada con el tratamiento correspondiente. Pero, aun dando por supuesta esta correlación necesaria, la Pedagogía Terapéutica tiene que continuar su actuación, por cuanto la remisión del trastorno corporal (en el mejor de los casos) no deja solucionada la meta de nivelación o aproximación al normal, que antes apuntábamos.

La actividad médica supone una ayuda notable, en los casos que es exigida, pero sólo una ayuda; la labor definitiva está cifrada en la actuación pedagógico-curativa de modo continuado y perseverante. Actuación amplia que abarca al inadaptado y a sus ambientes familiar, socio-escolar y ocupacional o laboral.

Cuando en el campo clínico los fármacos o dispositivos se dan por vencidos en sus posibilidades, el ortopedagogo tiene aún marco para actuar y del cual sacar provecho. Sin pecar de optimismo ni usar de la utopía, el medio humano posible de mayor alcance en la variada gama de inadaptaciones o hándicaps es, hoy por hoy, el pedagógico-curativo, que tiene como base principal y decisiva el contacto personal con el inadaptado, cálido y operante.

Ahora bien, como el sujeto con que opera presenta taras en diferentes facultades, de grado variable y matiz distinto, desequilibrios o trastornos emocionales, superficiales o profundos, o, en fin, rasgos físicos anómalos, simultaneados o no con perturbaciones psicológicas, no hay posibilidad de erigir un tipo representativo de cada una de las principales manifestaciones de la inadaptación. Por otra parte, tampoco se puede hacer una abstracción metodológica de las diversas facultades dañadas que pueda servir para educar terapéuticamente a un contingente numeroso de sujetos, porque no presentan un denominador común relativamente aprovechable, como en el caso de los niños normales.

No tiene sentido hablar de una educación de los deficientes mentales de grado medio o pro-

fundo, o de los niños difíciles con rasgos de inestabilidad psicomotriz, pongo por caso, porque aun estando encuadrados dentro de estos apartados generales, la actuación que se lleva a cabo con uno de ellos puede no rendir en el otro o, incluso, puede perjudicarlo, dada la enorme variabilidad personal, a pesar de una similitud de cociente mental.

Es indispensable recordar muy a menudo y nunca resulta suficiente que en pedagogía terapéutica no hay inadaptaciones, sino inadaptados, y con ello se perfila hasta el máximo la necesidad de individualización que lleva consigo (como una constante) la actividad pedagógica especial. El niño con hándicap que necesita curación, rehabilitación de su persona total, la exige en función de sus síndromes o características particulares y no en virtud de una curación derivada del concepto abstracto de la inadaptación que padece.

Que las experiencias repetidas de los esfuerzos pedagógico-terapéuticos suponen un punto de referencia importante a tener en cuenta en la presentación de un nuevo caso, es indiscutible; pero es necesario que este logro solamente constituya una hipótesis para actuar sobre el caso parecido y no se convierta en una norma rígida a aplicar, sólo por el hecho de haber obtenido éxito en otras ocasiones.

La característica fundamental de la Pedagogía Terapéutica es la de ser eminentemente educativa; la faceta instructiva no cuenta aquí, estrictamente hablando. La actuación pedagógica se centra intencionalmente en la rehabilitación personal del niño, aligerando sus disfunciones, estimulando el desarrollo lento de sus facultades o aprovechando hasta el máximo las posibilidades que le restan, al detenerse su evolución antes de llegar a término. Y para alcanzar esta finalidad se echa mano de todos los medios al alcance del ortopedagogo.

Es inútil hablar de adquisición de conocimientos cuando las facultades necesarias para aprehenderlos no están desarrolladas suficientemente o se encuentran seriamente perturbadas. Los conocimientos no tienen fin en sí mismos, sino que su asimilación por parte del niño normal va dirigida hacia una aplicación ulterior en la vida de adulto, aplicación que se realiza con la inteligencia.

La Pedagogía Terapéutica tiende con sus esfuerzos a la puesta en marcha de las diversas capacidades del pequeño inadaptado, a hacerle autoconsciente del valor y utilidad de esas capacidades, a adiestrarle en el uso de las mismas y a enseñarle a servirse de ellas para que pueda adaptarse a la vida en el grado que aquéllas se lo permitan. Y este cometido lo persigue a través de habituaciones, de ejercicios, de entrenamientos continuados que resultan costosos en tiempo y energías, pero cuyo resultado formativo-educativo es de importancia capital.

El objetivo de la Pedagogía Terapéutica está en hacer personas humanas, valga la palabra, hombres y mujeres a quienes, unas veces, por

causa de su deficiencia mental, están muy cerca de la animalidad y, sin embargo, son capaces de superarla; o aquellos otros que, a pesar de su capacidad mental normal, un desequilibrio afectivo o de voluntad los aproxima y convierte en muñecos irresponsables que no pueden ni saben hacer uso del dominio personal, del que carecen y por el que se sienten infelices. Esta humanización progresiva de la persona del inadaptado, en el sentido directo de la palabra, es la finalidad auténtica de la Pedagogía curativa; darle otro sentido es equivocarse la línea directriz de ella con postizos que no le sientan o más bien le perjudican, del mismo modo que estropearía a una cabellera natural y abundante la superposición de una peluca trasnochada y artificiosa. Ciertamente, en este proceso de rehabilitación personal las metas que se logren serán diferentes, según el estado de la situación de partida; pero desde un grado mínimo de elevación, en unos casos, hasta aquellos en que sea posible la inserción del inadaptado en una vida humana superior, el objetivo pedagógico curativo será cumplido.

CUALIDADES DE LA PEDAGOGIA TERAPEUTICA O CURATIVA

Unas notas muy precisas pueden adjudicarse como propias de esta modalidad educativa, que le cuadran y definen de manera inconfundible: la practicidad, la utilidad y la precocidad.

Es *práctica*. En efecto, para llevar a cabo su cometido, la Pedagogía curativa parte de la situación real del niño inadaptado, pues no puede tratar de elevarlo sin saber el nivel en que se encuentra. Este matiz de realista, del que no puede prescindir desde los primeros momentos la actuación educativa terapéutica, la destacan como ciencia eminentemente práctica, que no significa rutinaria. No es ni más ni menos que una toma de contacto directo con el inadaptado y su mundo, desde ese mismo mundo y no a través de una concepción teórica, representada y valiosa, pero no efectiva en el modo de operar rápidamente.

Es la actuación «desde» y «en» una postura presente en la realidad, con las aristas y relieves discordantes de la configuración personal del inadaptado, que obliga a la actuación inmediata. Con ello queremos manifestar que la Pedagogía curativa está volcada de lleno a la vertiente de aplicación práctica, más que a las elucubraciones teóricas de los fenómenos aislados en abstracto, en las cuales nos perderíamos sin conseguir nada positivo. Un ejemplo aclarará la cuestión de modo elocuente.

En repetidas ocasiones he recibido correspondencia de algunos padres que, espontáneamente, me indicaban en su carta la sorpresa experimentada por ellos al ver «retratado» a su hijo (deficiente) en alguno de mis artículos dedicados al estudio de un determinado tipo de inadaptados; la silueta que configuraba el tipo de niño aludi-

do, no importa cuál, había sido compuesta con elementos vivenciales de mi experiencia diaria, arrancados de la realidad, sin despojarles de las peculiaridades que la vida presenta.

Si el tipo de niño o, más bien, el inadaptado descrito en mi trabajo hubiera sido elaborado con referencias teóricas muy bien expuestas, lógicamente coordinadas y en estrecha relación con las tipologías tradicionales de inadaptación, pero sin ninguna o muy poca referencia a lo real, estoy completamente segura que, a pesar de resultar un trabajo científicamente logrado, no habría recibido carta alguna, porque no se percibiría en él el «retrato» del hijo que les preocupa y al que desean ayudar.

Es utilitaria. Porque, dada la escasez de elementos aprovechables de los que tiene que partir y sacar el mayor partido posible, ninguno de los aspectos personales que el inadaptado ofrezca, con posibilidad de actuación pedagógica, puede postergarse o desperdiciarse como de menos valía; todos son igualmente valiosos para una rehabilitación personal eficaz. Es, pues, utilitaria en cuanto al sujeto.

Pero también lo es respecto del procedimiento que sigue para alcanzar su meta. Como no puede perder un tiempo, que se le escapa apresuradamente, en metodologías aparatosas, espectaculars, de mucho efecto exterior, pero de resultado nulo en la recuperación del pequeño, es la relación directa con las cosas, con las personas, mediante los medios de expresión corporal y el contacto directo de situaciones, las que le prestan el mayor servicio educativo y le rinden utilidad apreciable en el avance.

Y huye de cuanto no sea efectivamente útil, no por una postura diletante, sino porque el inadaptado se detiene con facilidad en los pasos intermedios del proceso al no tener capacidad suficiente para comprender la meta final; por eso la actuación educativa auténtica desbroza cuantos materiales auxiliares, por bonitos que sean, los cuales, al no poder ser superados para ver tras ellos la realidad que representan, son más bien obstáculos serios por la transferencia negativa que desarrollan en el inadaptado.

Es utilitaria en cuanto encamina al «hacer», sustituyendo la acción a la palabra; es mucho más decisivo el esfuerzo, la tensión puesta en una actividad estimulada con un resultado palpable o visible, que todas las frases mejor dichas; en este caso solamente el órgano del oído ha tomado parte; en la acción ha estado activa la totalidad de la persona, y esto en los deficientes mentales es primordial. Pero incluso en el caso de los niños difíciles, con desajuste afectivo-emocional y una buena inteligencia, es decisiva la ocupación activa en trabajos que centran sus capacidades en un objetivo próximo y los estabilizan progresivamente más que interminables sermones inadecuados.

Este «hacer» habrá de ser muy sencillo en muchos casos, manual casi siempre; cuando la

inteligencia falla, las manos suelen ser los miembros que se hallan más liberados de la deficiencia. Y como el futuro laboral de estos muchachos no podrá basarse en el uso de su inteligencia, hay que adiestrarles en el aprovechamiento de sus manos, que son las que les ayudarán a ganarse la vida en la medida de lo posible.

Por añadidura, mediante esa actividad manual se beneficia la escasa mentalidad que poseen, porque emplea sentidos, coordina movimientos, fija atención y ejercita los miembros que actúan, proporcionándoles mayor agilidad y soltura; esta mejora parcial se siente positivamente en el estado general. Y como la utilidad de la acción intencionalmente dirigida es provechosa siempre, lo mismo da que sean las manos las que actúen, que los sentidos en ejercicios sensoriales o la esfera de lo motriz combinada con ellos, cuando las posibilidades del niño lo permitan. Por cualquiera de estos aspectos se puede establecer el contacto personal con él y afianzarlo con una labor continuada, que dé sentido humano a las mismas facultades que se adiestran y vitalicen el conjunto de la personalidad, que parece aletargado o muerto por la inactividad o el desarrollo exiguo.

Es precoz. Si no lo fuera, caería por su base la premisa indispensable que condiciona los resultados positivos de la Pedagogía Terapéutica, cual es la diligencia que se ponga en aplicarla.

Cuanto más tempranamente se someta al inadaptado, de la clase que sea, a la actuación pedagógica especializada, tanto mayores serán sus posibilidades de aprovechamiento y tanto más eficaces serán los esfuerzos aplicados. Contrariamente a lo que sucede en la pedagogía para niños normales, en la cual se debe esperar a las edades probables de maduración del pequeño para aplicar el esfuerzo educativo que le haga avanzar en su desarrollo, en la pedagogía curativa no puede perderse tiempo de espera, so pena de perder el período óptimo de aprovechamiento de las facultades del inadaptado. Sería catastrófico cruzarse de brazos, esperando que el desarrollo corporal podrá ir acompañado de un despliegue mayor de capacidades en un futuro, cuando ya en el presente se hallan limitadas.

La diferencia de actuación de ambos sujetos, el normal y el inadaptado, se explica por el diverso sentido que en ambos tiene el desarrollo sobre el que actúa la educación. En efecto, el normal sería perturbado en su evolución si se aplicaran demasiado pronto los cuidados educativos, acelerando o forzando el ritmo evolutivo; el despliegue de sus facultades está en franca progresión, es una potencia que camina hacia la actualización y la precocidad pedagógica podría convertirse en un peligro serio.

El inadaptado mental o físico, por el contrario, se encuentra en una situación de estancamiento, de regresión o lentitud profunda de su desarrollo y el esfuerzo pedagógico urge aplicarlo para evitar un anquilosamiento total irreversible, para detener cuanto se pueda ese retroceso de su des-

arrollo o para imprimirle una mayor ligereza que le beneficia. Y esto tiene lugar en mayor extensión y profundidad cuanto más pequeño se atiende al inadaptado y aprovechando los dieciocho primeros años de su existencia, que son los más fructíferos en resultados.

Como se puede observar a través de estas cualidades y directrices, la Pedagogía Terapéutica, curativa u ortopedagogía no es una adaptación más o menos aparente de la Pedagogía para niños normales. Difieren en el sujeto a quien se

aplican, en el objetivo que persiguen y en los procedimientos que emplean.

Han quedado enumeradas ciertas características y líneas fundamentales configuradoras de la pedagogía dedicada a inadaptados; no obstante, podían haberse añadido algunas más que perfilan esta especialidad educativa, pero tenemos el propósito de particularizar en trabajos posteriores aspectos muy interesantes dentro de este campo, por lo que evitamos la prolijidad en este artículo.

El problema de la Enseñanza Media (*)

ADOLFO MAILLO

Asesor técnico de la Junta
Central de Información,
Turismo y Educación Popular

y III

La reforma de la enseñanza, en cuanto transformación de la escuela para que acoja y promueva a la masa, debe consistir principalmente en una invención pedagógica, una «pedagogización» de nuevo estilo, en el más noble sentido de la palabra. Sólo mediante el descubrimiento de los caminos pedagógicos que faciliten la ascensión cultural de las masas se llevará a cabo una reforma a la medida de las necesidades actuales.

(MICHEL DUCLERQ: *L'école en pleine évolution. Problèmes pour l'homme. Appels aux chrétiens*. Supplément a «Equipes enseignantes». Paris, 1962; págs. 76-77.)

UNA NUEVA ENSEÑANZA MEDIA

Dadas nuestras posibilidades, no consideramos factible ni conveniente extender por ahora la obligatoriedad escolar más allá de los catorce o quince años, aunque por encima de esa edad deba continuar una intensa protección escolar sobre los adolescentes que continúan su «segunda enseñanza» y carecen de medios económicos. Bastaría con incluir el primer ciclo del Bachillerato en el período de escolaridad obligatoria; pero en manera alguna se tratará del «Bachillerato elemental», ya que el nudo del problema radica en la necesidad de llevar a cabo una reforma en las estructuras, los métodos, la orientación y los objetivos de nuestra enseñanza media para que pueda satisfacer las necesidades actuales.

«El acceso a la enseñanza de segundo grado del 70 al 75 por 100 de los niños no puede realizarse

bajo la forma de una generalización de la enseñanza secundaria tradicional. La democratización real sería otra cosa que la «secundarización» de la masa. Es fácil comprenderlo cuando se afrontan las disposiciones sociales y culturales de la infancia popular, tal como ella es, y el estilo de nuestra enseñanza secundaria, tal como permanece todavía. Un verdadero segundo grado debe implicar otras dimensiones y otras diversificaciones que las ofrecidas por la segunda enseñanza clásica y moderna.»

Una enseñanza de minoría no puede realizar la formación de la mayoría sin transformarse profundamente. Con el aparato para destilar una «élite» (L. Cros) no puede fabricarse el ascensor para elevar las masas. Se trata de dar la formación más completa posible hasta la edad, cada vez más avanzada, de entrada en la vida activa y en razón de las crecientes necesidades de calificación (24).

Habría que empezar elevando la edad de su

(*) Los dos capítulos anteriores del presente trabajo de nuestro consejero de Redacción, don Adolfo Maílllo, se publicaron en la REVISTA DE EDUCACIÓN núm. 165, páginas 1-7, octubre de 1964, y núm. 167, págs. 64-70, noviembre de 1964.

(24) M. DUCLERQ, op. cit., págs. 60 y 66.